

LA PROTESTA

PORTE PAGO SUPLEMENTO SEMANAL PRECIO: 10 cts.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administración: PERU 1537

Valores y giros a M. TORRENTE

GLOSARIO

RESPONSOS PRODUCTIVOS.—

Para los soldados de Cristo no son todas penurias ni calamidades. Habiendo de todo en los que visten la negra sotana, hay quienes en pocos años — y son los más — acumulan fortunas que se los envidiarían los más hábiles y astutos usureros.

Al respecto, debíasele preguntar al párroco de San Bernardo, que por barbotear responsos en el cementerio de la Chacarita percibe 5.000 pesos mensuales, con un gasto de 500 para el pago de sus ayudantes.

Si es cierto que pasará un camello por el ojo de una aguja antes que el enriquecido entre en la gloria del cielo, el mencionado religioso ha de prepararse, desde ya, a gozar en la tierra lo que penará en la otra. Es que la invención del infierno subsiste, no para ellos, sino para los otros: la humilde grey que ellos esquilan, engañan y bendicen, cuando ha de hacerse masacrar en los campos de batalla.

LA CONFERENCIA DEL "TRABAJO".—

Saben ya a qué trabajo nos referimos. Aquel que realiza descomunales esfuerzos para no emplearlo en labor de provecho. Saben también los resultados a que llegaron los reptiles y otras alimañas surtidas, enviadas por los gobiernos, en la conferencia celebrada en Ginebra. Los innumerables Thomas y etc. no hicieron más que desmentir hechos y sucesos reales, como las sevicias, las matanzas perpetradas en Brasil por los soldados, durante una huelga y otras lindezas del mismo calibre.

Pero lo que quizás no sepan es que el ministerio del exterior remitió un mensaje al Congreso, sometiéndole las conclusiones de las conferencias de Washington, de Génova, y solicitando la aprobación de las cláusulas establecidas en la conferencia de Ginebra.

Son éstas:

1. Edad mínima de admisión de los niños al trabajo agrícola.
2. Reconocimiento de los derechos de asociación y de coalición de los trabajadores agrícolas con fines no contrarios a las leyes.
3. Reparación de los accidentes del trabajo en la agricultura.
4. Prohibición del empleo del albayalde en la pintura.
5. Descanso semanal en los establecimientos industriales.
6. Edad mínima de admisión de los jóvenes en el trabajo de paños y hornallas.
7. Examen médico obligatorio de los niños y los jóvenes empleados a bordo de los barcos.

¿No les parece que no había necesidad de llevar a cabo tantas conferencias para llegar a una conclusión tan misérrima, baladí y completamente nula?

Lo risible es que a los trabajadores agrícolas se les otorgue, con muchos retintines, los derechos de asociación y de coalición, con tal no choquen contra las leyes. ¿Y si esas leyes, como acontece siempre, fueron elaboradas por sus verdugos, dando ancho margen a las explotaciones inicuas? Esos labradores, naturalmente, tendrán que respetarlas, so pena de ser fustigados en masa o individualmente, como más les guste.

Alguna razón abrigábamos al tratar de reptiles y alimañas a esos Judas obesos de la emancipación obrera...

ACLARACION.—

"La Razón" anhela fervientemente aclarar algo. "La Razón" siempre está a punto de aclarar algo y cuantimás busca hacerlo, mucho más turbios, oscuros, densos y pesados son sus articulaciones y la orientación periodística. Es el papel impreso insulso por excelencia, el bric a brac de la prensa bonaerense, es el bodrio y la bazofia sórdida. Después de tantos elos

menos tener ingerencia en su administración y dirección, mediante la compra de acciones... Pero todo esto no pasó de conversaciones, sin arribarse a nada concreto."

Como aquellas señoras ajadas y mercenarias a quienes se les hiere su pudibundez no con hechos, sino de palabra, se indigna y afirma:

...que al que hubiera formulado una propuesta económica relacionada con la propaganda que el diario realiza en favor de los intereses populares, se le hubiera respondido en la forma a que su osadía le hacía merecedor.

Aunque un poco gongorescamente enmarañada la redacción del párrafo, algo de claro habrá deducido el lector. Ahora deberíamos preguntar a los pudibundos miembros del directorio y al director, qué habría sido de "La Razón" cuando, hace

fulmineo de muchos pillos, que, hartos de la tentitud del robo al amparo de la ley, optan por un procedimiento más expeditivo, hurtándoles, a veces, cantidades fabulosas a otros ladrones por mayor y que operan en gran escala.

Un diario de la tarde se complace y se regodea por la condena de un comerciante, quien se honra en pertenecer a esa cofradía de pillos del enriquecimiento fulmineo. No hay por qué ensañarse, hipócrita colega. El escarmiento en ese pobre árabe que dejó un pasivo de 29.988,78, contra un activo de \$ 803,73, no remediará las bancarrotas que anualmente se producen en perjuicio de indigentes chacareros, quienes confían sus caudales, en dinero o en especies, a una casa mayorista, y un buen día se encuentran que el depositario emprendió el vuelo hacia lejanos climas.

La mesa está servida



ALFONSO EL SALAROSO—Pase usted, valiente marqués...
PRIMO EL CHULAPO—No, majestad, nunca...Primero usted, porque yo no sé cómo decirle, majestad, pero me acabo de indigestar y tengo que hacer ahora mismo, sino me...

gios distribuidos gratuita y graciosamente, vamos a lo que importa.

En una investigación — para encubrir y no indagar — contra algunos diputados por la sanción de la ley 11.289, repentinamente saltó la liebre en la persona de Voltaire Balliño, que siendo miembro de la Unión Industrial Argentina, empezó a balar en los siguientes términos:

"Entre el plan mío estaba el de fundar un órgano de publicidad, y se llegó hasta a pensar en adquirir La Razón, o por lo

algunos años, estuvo a punto de quebrar, y fué fuertemente subvencionada o comprada por el presidente Irigoyen...?"

Lo dicho: el periodismo, como las mercenarias y alquilonas, se ofende, se escandaliza más por el nombre de la cosa que por la cosa misma.

QUIEBRAS FRAUDULENTAS.—

La quiebra fraudulenta ha venido a resolver el problema del enriquecimiento

Claro, alguien debe ser puesto en la picota, dando a entender que se está limpiando el gremio de los que operan bajo la advocación de Mercurio, dios de los ladrones y de otra gente no muy decente...

ENLACES DE LA "HAUTE".—

No sabemos si admirarnos o entregarnos a un acceso de sincera indignación por la tontería reconcentrada, encerrada en ciertas cabezas cuadradas de chorli-

DE POLEMICA

La significación de los consejos

En el número 6 del Freie Arbeiter publicado el compañero Pt un artículo sobre la significación de los consejos que movió ya a varios camaradas a consideraciones críticas. Esa crítica era tanto más necesaria cuanto que el artículo del compañero Pt apareció en un lugar prominente de nuestro periódico y por consiguiente debió dar la apariencia que la redacción se identificaba con las ideas de Pt. Luego ha respondido el compañero Pt en el número 12 a sus críticos y ha precisado más detenidamente aún su concepción, sin que su punto de vista se haya vuelto más claro. Al contrario, el compañero Pt hace en su último artículo afirmaciones que deben dar pábulo a los peores extravíos, pues atribuyen al anarquismo aspiraciones que no ha perseguido nunca ni puede perseguir.

Cuando, por ejemplo, el compañero Pt sostiene: "Quien dice representación debe, para ser consecuente, decir también sumisión, pues la una condiciona la otra", tiene derecho a sostener esa opinión, pero ese punto de vista no tiene nada que ver con el anarquismo. Ninguno de los grandes fundadores espirituales de la concepción anarquista ha hecho jamás tal afirmación, ni Proudhon, ni Bakunin, ni Kropotkin. Benjamín Tucker, el famoso exponente del llamado anarquismo individualista, no habría tenido nunca la ocurrencia de defender una idea semejante.

El compañero Pt comete, en otra forma, el mismo defecto que reprochan los adversarios al anarquismo. Por el hecho de rechazar la actividad parlamentaria, esas gentes han deducido que somos abstinentes políticos y que rechazamos, por razones de principios, toda acción política. Pero olvidan completamente que la actividad parlamentaria es una parte solamente de la acción política y, según nuestra opinión, una parte insignificante y carente de valor de la misma.

Lo mismo obra el compañero Pt. Por el hecho de ser adversario irreductible de todo gobierno representativo, concluye precipitadamente que rechazamos toda forma de representación como inconciliable con el anarquismo. Esa interpretación es un desconocimiento completo de los hechos, que tiene que conducir a los mayores malentendidos, transformando una idea clara en una grotesca caricatura. El sistema de la representación está íntimamente ligado a la existencia de la vida social, es un resultado directo y necesario de la asociación. Mientras exista una sociedad, los hombres se verán obligados a recurrir a la representación para regular entre sí sus diversas relaciones sociales. Sólo si cada uno, como Robinson Crusoe, viviese aislado en su isla, no habría ninguna representación, y eso por la simple razón de no haber tampoco sociedad.

El compañero Pt funda su rechazo entero del sistema de los consejos sobre una falsa suposición, y por eso no podía menos de ocurrir que tuviera que llegar en su demostración a las conclusiones más atrevidas y aventuradas.

Si el compañero Pt se asocia hoy con diez o veinte camaradas anarquistas en un grupo, ese grupo elige, inmediatamente después de su constitución, su secretario, que es para el mundo exterior el representante o el comisionado del grupo. Y si el grupo resuelve hoy convocar una reunión e invitar para ese fin a un orador, no enviarán los diez o veinte miembros una invitación particular cada uno al mencionado orador, sino que el secretario, por razones comprensibles, se encargará de ese trabajo, como representante de su organización. Si fuera realmente verdad que el anarquismo rechaza toda forma de representación, no deberíamos pensar nunca en convocar congresos o conferencias nacionales e internacionales. O si se hiciera advertir la necesidad de tales encuentros, según la lógica del compañero Pt, los miembros de todos los grupos anarquistas que desearan tomar parte en tal congreso, deberían empuñar el bastón del peregrino para ir al lugar de la reunión, pues sólo de ese modo podría evitarse una representación. Lo que resultaría con ese método puede imaginárselo cada uno.

Pero en realidad las cosas no se presentan así. El compañero Pt puede hablar todo lo que quiera de una "anarquía sin representación"; eso es tan imposible como una sociedad humana sin seres humanos. Si queremos participar en una reunión o en un congreso que sobrepasa los límites de la agrupación local, la necesidad práctica nos obliga a confiar a un camarada la representación de nuestros asuntos, o, de lo contrario, debemos despedirnos de la participación en tales reuniones. El error fundamental del compañero Pt consiste justamente en peinarlo todo con un solo peine y en no comprender que hay una diferencia entre representación y representación. Si combatimos la sociedad capitalista estatal, eso no quiere decir que combatamos la sociedad en sí. Somos adversarios de determinadas formas de la vida social, pero de eso no se deduce que condenamos la sociedad en absoluto. Lo mismo pasa con la representación. Hay determinadas formas de representación que reconocemos con gusto, que consideramos absolutamente necesarias e indispensables, y hay otras formas de representación que repudiamos profundamente, porque en realidad ocultan en sí el germen de la opresión.

Hay una representación que se apoya en el simple principio de la delegación y en la cual es sencillamente imposible la sumisión de las personas participantes, y ésta porque el representante carece de todo poder para imponer su voluntad a sus comitentes. Así enviamos, por ejemplo, un representante a un congreso con la misión de hacer conocer a los demás delegados nuestra opinión sobre determinados problemas y defenderla en el congreso. Si cumple esa misión quedamos contentos de él, si obra contra nuestras proposiciones, lo despreciamos simplemente o lo descalificamos ante la publicidad y le retiramos nuestro mandato. Y como no dispone de ningún medio para sostener su posición o para someter a sus comitentes, debe doblegarse a la resolución de éstos, le sea o no agradable.

Otra cosa es cuando elegimos un representante al parlamento o a alguna otra corporación legislativa o ejecutiva del gobierno. En ese caso la representación recibe otro carácter muy diverso. El hombre puede prometerse antes de las elecciones lo azul del cielo; en cuanto es elegido, quedamos completamente a merced de su voluntad. Puede olvidar todas sus promesas y hacer justamente lo contrario de lo que antes había alabado sin que nosotros lo no reelegirlo después de pasado el período legislativo o ejecutivo, es decir, después de tres, cuatro o cinco años, pero durante el tiempo de su actividad legislativa o ejecutiva estamos entregados absolutamente a su merced. Votará leyes y aprobará medidas que contradicen profundamente nuestros intereses y convicciones, pero debemos dejar que haga tranquilamente lo que quiera hasta que haya transcurrido su tiempo. En este caso la representación incluye indudablemente el hecho de la sumisión.

Por eso si el compañero Pt concluye por eso que la representación implica en todas las circunstancias la sumisión y confunde un sistema representativo fundado en el principio de la libre delegación, con otro que presta un poder legislativo o ejecutivo al representante por un cierto tiempo, produce una confusión incurable que puede obrar de la manera más desagradable. El mismo nombre está lejos de implicar el mismo principio. Pero el compañero Pt juzga las cosas simplemente por el nombre y no por la significación que les es inherente.

Por esta razón no hay que maravillarse cuando trae a comparación, en su rechazo del "sistema de los consejos", los consejos titulares, que deben su nombramiento a la pura arbitrariedad de algún obscuro despota rampón. ¿Qué es lo que tienen que ver esos consejos — el viejo Most los llamaba desconsejos — con la idea del sistema de los consejos en el sentido de los trabajadores? Aquí se trata simplemente de una comunidad del nombre. Pero el nombre en tales casos no dice nada. Cuando los estudiantes llaman a una cabeza vetusta una "casa vieja", no hay que

deducir que el señalado pertenece a la categoría de los viejos edificios.

Toda la torcida interpretación del sistema de los consejos por el compañero Pt, sistema que está fundado en toda su estructura constructiva sobre el principio de la libre delegación, se puede atribuir simplemente a que se deja hipnotizar por las palabras y repudia toda forma de representación como inconciliable con el anarquismo. Eso es tanto más extraño, cuanto que justamente el pensamiento del sistema de los consejos nació de la ideología anarquista del ala libertaria de la primera Internacional, como ha dicho ya el compañero Albrecht.

Los trabajadores de los países latinos, en donde halló la Internacional su principal expresión, desarrollaron su movimiento sobre la base de las organizaciones económicas de lucha y de los grupos de propaganda socialista, actuando en el sentido de la resolución de Basilea, en la cual fué expuesta por primera vez detenidamente la idea de la organización por consejos. Como reconocieron en el Estado el agente político y el defensor de las clases poseedoras, no aspiraron de ningún modo a la conquista del poder político, sino a la superación del Estado en toda forma, pues en su existencia vieron con seguro instinto la condición previa de toda tiranía y de toda explotación. Por esa razón no pensaron en imitar a la burguesía, fundando un nuevo partido y abriendo con ello el camino a una nueva clase de políticos de profesión. Su finalidad era la conquista de los talleres, de las fábricas, de la tierra, y reconocieron bien que esa finalidad los distinguía profundamente del politiquismo de la burguesía radical, que intentaba entonces también abrirse un camino en el movimiento obrero y cuya actividad entera estaba dirigida a la conquista del poder gubernativo. Comprendieron que con el monopolio de la posesión debe caer también el monopolio del poder, que toda la vida social debía cimentarse sobre nuevas bases. Partiendo del punto de vista de que la dominación del hombre por el hombre ha pasado a la historia, procuraron afirmarse en el pensamiento de la administración de las cosas. Así se opuso a la política de Estado de los partidos la política económica del trabajo. Se comprendió que había que emprender la reorganización de la sociedad en el sentido del socialismo en las fábricas y en las industrias y de esa convicción nació la idea de los consejos.

Mientras que los socialistas de Estado de las diversas tendencias querían ampliar continuamente el dominio del Estado y entregarle toda la vida económica para decretar de arriba a abajo el socialismo, los socialistas libertarios intentaron crear en las federaciones y secciones de la Internacional una representación del trabajo en el sistema de los consejos, que debía abolir para siempre el Estado y los viejos sistemas políticos del pasado. Por esa razón se quiso crear desde las fábricas y las diversas ramas de la producción una organización de la vida económica que pondría en manos de los productores mismos la administración sobre la base de los delegados o consejos libremente elegidos, retirables en todo momento por los comitentes, pues no dispondrían de ningún poder político, ni de un aparato político de violencia como es el Estado.

¿Encierra tal sistema una absoluta perfección? Ciertamente no, ante todo porque no hay nada perfecto bajo el sol, ni lo habrá. Incluso la "anarquía sin representaciones ni consejos" con que sueña Pt, no haría una excepción a esta regla. Pero eso no importa. Lo que importa es más bien crear un estado social en donde pueda realizarse la aspiración hacia el continuo perfeccionamiento, tanto en la evolución del individuo como en la de la sociedad.

Los precursores del pensamiento de los consejos han opuesto a los diversos sistemas del socialismo estatista la posibilidad de una organización social sin fundamento estatal, y en eso está el gran servicio, la significación histórica que se han conquistado para el movimiento socialista en el más amplio sentido de la palabra. Es necesario señalar nuevos derroteros a los hombres y demostrarles la posibilidad de otras formas de organización de la vida social si queremos ganarlos para las modificaciones básicas de la sociedad. El compañero Pt rechaza el sistema de los consejos, pero no nos indica nuevos caminos y nuevas posibilidades para el futuro. Todo lo que tiene que decirnos en

ese concepto es: "La regulación de la producción y del consumo la dejamos tranquilamente a aquella sociedad que debe presentar continuamente como finalidad al proletariado en su lucha emancipadora: la anarquía sin representaciones ni consejos".

Eso es sin duda muy simple y cómodo; yo sólo temo que no podremos contentarnos con ello. ¿No nos han enseñado realmente nada los tristes resultados de las revoluciones en Rusia y en la Europa central? ¿Han desaparecido sin dejar rastro las amargas experiencias de los últimos diez años? Cuando se lee cómo líquida el compañero Pt con un hermoso gesto problemas sociales de tanta importancia como el de la reorganización de la vida económica y cómo abandona su solución a las próximas generaciones, se podría creer realmente que los acontecimientos que han conmovido toda Europa en sus siglos, sólo han sido una ilusión óptica.

Si fuéramos revolucionarios puramente políticos, podríamos darnos por satisfechos con el buen consejo del compañero Pt. Pero en ese caso dejaríamos también a las próximas generaciones todo el aparato del Estado, y un par de individuos para poner nuevamente en marcha la vieja máquina se encontrarán siempre. Pero una revolución social supone otras cosas. Una transformación social que quiera edificar todos los dominios de la vida social sobre nuevas bases y que aspire a reorganizar particularmente toda la vida económica sobre otros fundamentos, presenta ya hoy las más grandes demandas al movimiento obrero en relación al desenvolvimiento de las capacidades técnicas y administrativas de la clase obrera. La educación para el socialismo no quiere decir operar con huera frases o con despreciosos consuelos a costa de un futuro mejor, sino desenvolvimiento de las fuerzas organizadoras y de las posibilidades constructivas en la clase obrera. Hay que hacer ver a los trabajadores cómo se administra una fábrica, cómo se lleva a una asociación natural entre la agricultura y la industria, cómo se reorganiza el consumo sobre un nuevo fundamento. Y para ese trabajo educativo hacen falta representaciones y conceptos concretos, que precisamente están mejor garantizados que en ninguna otra forma en la estructura espiritual del pensamiento de los consejos.

La gran falta del marxismo fué creer que debía extirpar como utópico todo intento en esa dirección, lo cual obstaculizó en gran parte el esclarecimiento de ese problema entre los trabajadores. Ciertamente no puede ser misión nuestra el querer planear un futuro orden social en todos sus detalles, esperando que tal proyecto se realizara sistemáticamente cuando llegue la hora, como han hecho Cabet, Weitling y otros. Pero hay que trazar determinadas líneas generales, no herméticamente cerradas, sino abiertas a toda nueva posibilidad de evolución. Hay que concebir las grandes líneas generales fundamentales de una reorganización de la vida económica y política de abajo a arriba y llevar a los trabajadores una profunda apreciación de sus tareas concretas precisamente en ese dominio. Se debe saber dónde hay que asentar la palanca. Precisamente bajo ese aspecto ofrece la idea de los consejos a los trabajadores la mejor escuela, incitándonos como ninguna otra idea a la actuación práctica de sus fuerzas creadoras. Señala a los proletarios un camino transitable y les lleva — como observó Kropotkin justamente — al pensamiento de la superación del Estado y de la explotación capitalista. Y eso es en último resultado el alfa y el omega de toda la labor socialista educativa — la creación en los oprimidos de la convicción de la posibilidad y realizabilidad de un pensamiento. Mientras no consigamos eso, toda sublevación revolucionaria de los trabajadores será sofocada siempre en sangre o favorecerá el triunfo de nuevos opresores, porque le faltará la condición espiritual y el elemento constructivo de una nueva edificación.

RUDOLF ROCKER



UNA CRISIS DE MENTALIDADES CREADORAS

No nos importa investigar hasta qué punto se comprueba actualmente en el mundo una crisis intelectual y artística más o menos considerable; no nos interesa saber la magnitud de la pobreza de pensamiento en filosofía, la debilidad de la concepción artística, la banalidad y el comercialismo en la literatura, la mediocridad en política, la falta de iniciativas en todas las manifestaciones de la vida. La crisis de mentalidades creadoras a que nos queremos referir es la que se observa en el anarquismo.

El anarquismo ha progresado numéricamente en la misma medida que han desaparecido los hombres de valor intelectual extraordinario, universalmente reconocidos, que trajeron las miradas del mundo hacia nuestro movimiento. En el tiempo de los Reclús, de los Kropotkin, etc., acompañaba al anarquismo una aureola más o menos simpática para elementos que sin tener nada de común con el movimiento obrero ni con las luchas revolucionarias cotidianas, se hacían eco de la esencia de nuestras ideas en sus esferas de actividad, por ejemplo en la pintura, en la poesía, en la literatura, en la filosofía. Una historia completa del anarquismo no podría dejar sin mención la influencia de nuestras ideas fuera de nuestro movimiento propiamente dicho. Y esa influencia ha sido debida en primer lugar a la existencia en nuestras filas de esas personalidades creadoras que comenzamos a añorar. No es que seamos partidarios del culto a los héroes y a los grandes hombres, aunque no tenemos por qué ocultar nuestra admiración por aquellos que han enriquecido el haber de nuestra causa con una nueva idea o con una nueva aspiración.

Más bien somos adversarios despididos de construir nada sobre el mero individuo. Y, claro está, entre un anarquismo representado únicamente por una media docena de grandes hombres, de pensadores ilustres, de sabios universalmente reconocidos, y un anarquismo representado por centenares de millares de proletarios analfabetos o semianalfabetos, no vacilamos, nos quedamos con éstos. La crisis de mentalidades creadoras, de hombres geniales y de sabios en nuestro movimiento no nos preocupa hasta el punto de temer por el porvenir de las ideas, no. El anarquismo seguirá viviendo y ampliando su radio de acción sin los Kropotkin, los Reclús, los Bakunin. Pero hay dos causas que nos harían desear la persistencia de los grandes hombres en nuestro ambiente, que es y ha sido y será esencialmente un ambiente social revolucionario condicionado en primer lugar por las masas trabajadoras: una de las causas es externa y otra interna. La primera es la influencia de nuestro movimiento en el dominio intelectual de la vida, un dominio que juega un cierto papel directriz en el mundo. Un Kropotkin ha sabido influenciar más o menos el pensamiento de su época, ha dado al anarquismo una riqueza de ideas que atrajo la curiosidad intelectual de numerosos elementos susceptibles de simpatizar con nuestras aspiraciones y ha impuesto un cierto respeto a la crítica superficial y desdeñosa de los adversarios. La otra razón que nos hace deseable la cooperación incesante de las mentalidades creadoras es de orden interno: nuestro movimiento saldría siempre beneficiado con la intervención de la inteligencia audaz y la crítica profunda, que resolverían

más fácil y más acertadamente los problemas que se presentan a nuestra consideración y descubrirían problemas, horizontes y perspectivas insospechados. Una inteligencia extraordinaria es en el orden mental como una palanca en el orden físico. Es indudable que llegaremos a vencer ciertas resistencias sin el concurso del poder de la inteligencia sobresaliente, pero ¿cuánto tiempo y cuántos esfuerzos serán necesarios?

Al referirnos a las mentalidades creadoras que nos evitarían inútiles tanteos en muchos asuntos, porque a ellas les está permitido ver más lejos y más hondo que a la mayoría del común de los mortales, no queremos tener en cuenta al intelectual como miembro de una casta, con pretensiones de superioridad y con ínfulas de dirección. Nos referimos a los hombres que, como Kropotkin, por ejemplo, han fundido su existencia con el movimiento anarquista y le han dado todos los frutos de su pensamiento y de su corazón sin exigir por ello ninguna prueba de reconocimiento. Tenemos en cuenta al pensador que coopera con el movimiento y no al que pretende dirigir y someter el movimiento a su superioridad intelectual.

Profesionales de la inteligencia podríamos tener fácilmente cuantos desearáramos. Hemos visto con qué facilidad ha sabido comprarse el gobierno ruso en todos los países un ejército de periodistas, profesores, doctores, escritores, literatos. Si nuestro movimiento quisiera, en la medida de sus posibilidades, hacer lo mismo, veríamos también una afluencia de intelectuales; pero no es eso lo que queremos; no queremos intelectuales que permanezcan como una casta, separados espiritualmente del movimiento, al que servirían como se sirve a un amo, por un salario. Un refugio para esos individuos es hoy, aparte del gobierno ruso, la socialdemocracia internacional. Nosotros no podemos recurrir a ese método, aun a costa de que nuestra prensa no salga tan bien redactada y nuestra propaganda adolezca de un cierto analfabetismo.

Sin embargo, no era éste el objeto de la presente nota. Queríamos atraer la atención sobre la pobreza intelectual que se comprueba en estos años en el movimiento anarquista; apenas hay un par de camaradas que nos plantean nuevos problemas, que nos sugieren nuevos horizontes. Nuestra generación carece de energías creadoras. Podemos revisar nuestra prensa de todos los países, la bibliografía anarquista internacional; raramente encontraremos algo que merezca una lectura atenta; lo poco que se produce procede de los viejos que nos quedan aún; la generación a que pertenecemos, que ha heredado ya un movimiento vigoroso, que dispone de mayores posibilidades para una acción y un pensamiento prolíficos, apenas da muestras de vida en el terreno intelectual. Y eso no es un buen síntoma. A la larga el movimiento anarquista tendrá que resentirse profundamente.

Hay algunos jóvenes que podrían valorizarse un poco si en lugar de tener por ideal el cincelamiento de frases se dedicasen a un estudio serio, si en lugar de erirse en posesión de todo lo que les hace falta para labrar un pequeño pedestal, aspirasen a enriquecer su caudal de ideas y a investigar en el vasto campo de la sociología y de la economía.

No hay que creer agotado el campo de las ideas anarquistas; apenas ha sido entrevistado todavía. Su formidable riqueza está ahí para quien sepa descubrirla y hacerla accesible a todos. Para ese descubrimiento de la variedad y de la magnitud de nuestro tesoro es para lo que necesitamos las mentalidades creadoras que nos faltan hoy hasta un grado deplorable.

Es verdad, mientras exista esa deficiencia, nuestra aspiración será mantener la herencia recibida y si es posible enriquecerla a costa de un esfuerzo tenaz y sistemático; sin embargo, entremos que un cerebro privilegiado podría acortar el camino para llegar a los resultados a que nosotros queremos llegar después de una vida de esfuerzo y de sacrificio; un cerebro privilegiado podría recoger en la situación actual los materiales y los impulsos para elevar el nivel mental del anarquismo a una altura tal que influyera universalmente en el espíritu de la época y marcara rumbos al pensamiento mundial. Entretanto que la crisis de las mentalidades creadoras que se constata hoy en todos los dominios de la vida, podría ser superada si contáramos aun con la clarividencia y la grandiosidad de cerebros como el de Bakunin, el de Reclús, el de Kropotkin.

D. Abad de Santillan

En el movimiento anarquista

CARTA DE ELISEO RECLUS A JACQUES GROSS.

Clarens, 8 de abril de 1890

Mi buen amigo: No, yo no sabía que nuestros amigos debían hacer aparecer un periódico anarquista. Estoy encantado de ello y lo felicito de todo corazón. Tienen dinero; bravo! pero no tienen un grupo suficiente de escritores. ¿Tienen al menos traductores? Porque la prensa extranjera alemana e inglesa puede proporcionarles todos los artículos que necesitan ¡y qué importa el origen de nuestra prosa, siempre que sea buena!

No me pedis dinero, y estoy encantado, porque mi bolsa está en seco; pero me pedis originales, y me pesa, porque estoy de labor. Mi opinión es que vale más acabar lo que se ha comenzado que engancharse a nuevas tareas. Me ocupo ahora de revisar mi folleto Evolución y revolución, que quisiera poner al corriente, apuntarlo con pensamientos y argumentos, elevarlo a la altura de nuestras ideas que han avanzado. Si consigues hacer ese trabajo según mi conveniencia, podría imprimirlo en folletón en la Avant-Garde (1). ¿Conviendría eso a los camaradas?

A propósito, os equivocáis al vituperar a X... nos faltan los elementos para juzgar del poder de sacrificio de cada uno. Me condenaréis también porque no iré a dar mi conferencia a Ginebra para responder a los buenos sujetos a quienes no os? En mi opinión todo lo que no es espontáneo, natural, es malo.

He dado su Guván a un amigo de Argelia. No se asombre al recibir uno de estos días un ejemplar nuevo.

Cordialmente ELISEO RECLUS

(1) Este proyecto de fundar la Avant-Garde no fué realizado. Entre la Crítica social, 1888, y el Avvenir de 1893, no hubo ningún periódico anarquista en la Suiza latina.

En toda la república, la suscripción mensual del diario y del SUPLEMENTO, es de 2 \$

Advertisement for 'LA REVOLUCION SOCIAL EN FRANCIA' by Miguel Bakunin. The ad includes the title, author's name, and a price of \$1.50. It features a small illustration of a figure, possibly a revolutionary leader, and decorative borders.

Las artes plásticas en el extranjero

Armando Spadini

Ha muerto Armando Spadini. En sus exequias hubo una manifestación unánime de afectuoso sentimiento, como pocas veces pudo darse. Alrededor de su féretro, puede decirse muy bien que se encontraron todos los artistas así como todos los hombres de cultura y los estudiosos de Roma.

Murió pobre, cuando todavía en su corazón poseía tanta riqueza emotiva. (Jacopo) "Le Arte Plastice".

La existencia de este artista no fué ciertamente decorada por guirnalda de flores, ni amenizada por el gorjeo de los ruiseñores. Con esta torcida perifrasis deseamos expresar eufemísticamente, que a la par de aquellos dedicados con exclusiva e inusitada vehemencia a la consecución de un único anhelo — el ensueño del arte — tuvo sus largas horas de angustia. Todo creador es, en mayor o menor intensidad, un Cristo psíquico. Y Spadini lo fué. Prez del arte italiano, por ser poseedor, en alto grado, de cualidades de sinceridad y franqueza, propias de su raza, — cualidades que se reflejaron admirablemente en su pintura — hubo de soportar los combates violentos y ásperos del conservatismo académico y, simultáneamente, el reproche de "pasatista", lanzado por los "fauves" o la "menagerie" de las escuelas avanzadas.

Spadini nació en Florencia de una familia de artesanos. Jamás frecuentó academia alguna, y sólo asistió a los cursos de una escuela de arte industrial, donde pudo aprender el oficio de litógrafo.

Unos años después se empleaba como decorador en una fábrica de cerámica. Empezando lo mismo que Renoir, pronto sus dotes innatos de colorista y de plástico se manifestaron, descubriéndose ante él un nuevo y radioso horizonte. Fueron los años de fiebre y de entusiasmo; llegaron las jornadas de incansable trabajo, y la ascensión, imantado por un nuevo ideal, parpadeante como un faro entre densas tinieblas.

El resultado de este corto periodo de aprendizaje fué la realización de un estudio de desnudo, por el cual se le agradeció con el premio de "Pensionato Nazionale".

De esa temporada de búsqueda, de orientación y de sondeo, el acontecimiento más importante que debía ejercer una influencia bienhechora a todo lo largo de su vida, fué su matrimonio, y luego los hijos. Ello se realizó en 1908, y los nuevos esposados, algún tiempo después, se establecieron definitivamente en Roma. Esas fueron las largas horas de angustia, el desfallecimiento, la desesperanza y también los momentos fugaces de alegrías y pequeñas satisfacciones otorgadas por la labor, cuando podía obtener resultados felices. Acosado por una miseria extrema, ferozmente explotado por usureros disfrazados de protectores y de "marchands d'art", quienes le vacilaban el taller a cambio de unos cuantos tubos de color, necesarios para proseguir la tarea, pudo sucumbir, de no mediar su voluntad férrea y su talento, que cada día se hacía más robusto, hablando un lenguaje pictórico sencillo y poderoso. La producción de esa época de afianzamiento, expuesta en varias pinacotecas de Roma, fué suficiente para atraer la atención de algunas personas, las que pudieron apercibirse de la rica fecundidad del color, de la sólida y

desembarazada plasticidad de su construcción y de la fresca vena emotiva, con la cual bañábase la realidad transfigurada. En una palabra, se dió el raro acontecimiento que unas más raras criaturas, desdeñadoras de los dices de una crítica, por lo general ignara y mal informada, supieran discernir por su propia cuenta y riesgo. Ellas tuvieron la intuición y la sospecha de hallarse ante un pintor de definida personalidad, y de un artesano plástico de primer orden. Es más: ante un artista completo, aunando las facultades de los verdaderos creadores, quienes podrán desenvolverse dentro de una esfera más amplia o más reducida, podrán serlo en grados más o menos intensos, pero son los que siempre algo dejan tras de sí.

Tras un breve suelto tímidamente laudatorio, inserto en "Le Arte Plastice", había una brevisima noticia, en la cual, bajo la firma de Jacopo, emitíase la opinión de que el desaparecido "lasció fragmenti importanti, ma poche opere". Ello, después de anunciarse su muerte. Nos pareció que era un juicio apresurado, de



ARMANDO SPADINI — "El caballito de madera"

masiado apresurado y prematuro. Claro, si se juzga desde el punto de vista y con el criterio de ciertas escuelas, cultivadoras de la "pintura pura", teorizadores, quienes pierden el contenido por el continente, podría tener un adarme de razón. Pensando de otro modo, con un lente menos objetivo y empequeñecedor, entonces sí, la razón, y la más grande, se halla de parte de Spadini. Porque su obra total supera en mucho lo rudimentario del formalismo técnico y de la gramática artística. Noe parece que su intensa ener-

gía espiritual no se servía de la pintura como un fin de limitada extensión, sino como un simple medio para expresar sus múltiples reacciones ante el espectáculo de la naturaleza y del cotidiano vivir. En cambio, y en revancha de quienes hacen pintura literaria sin saberlo, como el personaje de Molière, que hablaba en prosa y lo ignoraba, el artista italiano pensaba por imágenes, como los pintores del medioevo. Pensar por imágenes, es extraer la realidad plástica de todo lo que desfilaba ante nuestros ojos. Sus lienzos no se hallan imbuidos de la menor influencia intelectualoides en boga o de las tendencias comunisimas en Francia. En suma, es posible que después de Mancini la pintura italiana no haya tenido un representante más genuino que Spadini.

Los que tuvieron ocasión de contemplar sus telas, se hallan acordes en reconocerle un color de cambiante transparencia, el vigor y la seguridad del modelado, eminentemente expresivo, y la naturalidad con que supo traducir la gracia infantil y la ternura maternal. Si por el parecido de su sensibilidad moral se acerca a Carrière, no existe nada de común entre uno y otro en sus procedimientos técnicos. Su temperamento era demasiado italiano para renunciar a los artificios bengalescos del color. Este se halla en todas sus obras y se adivina has-

obra trae a la memoria los mejores recuerdos. En esa época era cuando expuso "La madre y el niño", "Los bañistas" y "Moisés salvado de las aguas" que todavía no buscaba las tintas vivaces, la luz, brillante, complaciéndose en los juegos de claroscuro, usando las gamas grises y azules. Sus obras valían entonces sólo por la armonía de los valores, la seguridad en el dibujo y por la vida intensa que desprendíase de ellas. En ese tiempo es cuando el niño reinaría absoluto como dueño y señor en todos sus cuadros. Demostrando una gran pasión por los pequeños, supo representarlos con suma delicadeza y en toda su grácil gracia de sus gestos y en el esplendor de sus carnes rosadas. Esas obras datan desde 1910 y 1912. Su obra maestra parece ser ese infante balanceándose en un caballito de madera. La carnación, los vestidos claros, y el caballo blanco, iluminados por la reverberación del sol, detonan en un fondo de verdura de coloración intensa con un relieve extraordinario. Desde esa tela luminosa comienza la influencia impresionista, que luego dominará, abarcando sus obras posteriores. Y este fenómeno no acaece sin la consiguiente inquietud del artista, quien no se resuelve sin escrúpulos a dejar que los cuerpos se disuelvan en la luz. La composición "La familia del artista", que expusiera en 1918 en el Pincio, es la pieza característica de esta crisis moral pictórica. Los personajes se hallan envueltos en una polvoreda de luz coloreada, perdiéndose los perfiles y los volúmenes. Sin embargo, ahí mismo existen trozos de primer orden; mas el desaliento ganó al artista, y el cuadro quedó inconcluido.

A este periodo siguió la guerra, la vida de las trincheras, la enfermedad, el hospital y después, durante mucho tiempo, también la enfermedad. Al volver al trabajo el artista se esforzaba para alcanzar un ideal clásico en su construcción. Nada de empastes, ni tampoco amplias pinceladas como en las obras pasadas. El lienzo permanece desnudo, apenas desflorado por el pincel, que iba depositando pequeñas parcelas de color. Mirándolo de cerca se nota un cierto parecido con los cartones tratados al pastel, pero alejándose a la necesaria distancia el efecto es sorprendente. El aire y la luz circula entre la hojarasca y las masas de las verduras se destacan con un relieve casi escultural.

En Spadini se amalgama la destreza manual, o sea el virtuosismo técnico, con la más ingenua sinceridad. Por eso su posición fué la del artista independiente que permaneció extraño a las escuelas, a las herméticas capillas y sus dogmas. No quiso enseñarle a nadie, y sólo reclamó el derecho de presentar el mundo y su realidad como lo vió con sus ojos de artista, sensibles a las secretas correspondencias de las superficies coloreadas, y no en geometría atento únicamente a la relación de los volúmenes.

Así como los maestros del pasado y de todos los tiempos, que en raras excepciones se mostraron indiferentes por los asuntos y sujetos que escogían y se aplicaron a explicar, expresándolos, los caracteres de todas las cosas, Spadini se halla penetrado por la intuición de los seres y de la naturaleza inanimada. No es un psicólogo frío, sino un lírico. Sus cuadros no solamente son dignos de admiración por la maestría de la forma y de la armonía de los colores, sino por el mundo de emociones y sensaciones que encierran.

En suma, fué un pintor maravillosamente dotado, a menudo desigual pero

siempre buscando su camino con obstinación; no anhelando dejarse atrapar por ninguna fórmula; guiándose menos por su cerebro que por su sensibilidad privilegiada, equivocándose algunas veces, creó de todos modos una obra pletórica de vitalidad desbordante, de una fuerza sana y alegre. Un cuadro de Spadini, un simple dibujo, es sol, alegría y valor también.

Valor para vestir con gaya sonrisa el inenarrable dolor de crear.

pre impregnándola con el dejo indefinido de una voluntad, estilística o no, pero aunando lo anímico a lo inanimado.

El elemento pintoresco prima en los dibujos de Hosmann, en detrimento de una expresividad definida.

Si es joven y todavía desea aprender, puede darse de ojo lo transitorio, lo accidental por lo que es síntesis y carácter. Esto sólo se consigue con la observación, el análisis y un estudio incesante de la naturaleza, que se trata de interpretar.



ARMANDO SPADINI — "La madre y el hijo"

POR LOS SALONES Roberto Hosmann

Los cuarenta y pico de dibujos, una acuarela, un óleo y unos bocetos de lápiz de colores, presentados por este artista en la antesala de la pinacoteca de Witcomb, son de una corrección convencional y un poco fría.

La creencia comunmente divulgada, que el ejercicio del dibujo es un género fácil, al alcance de todo el mundo, o por lo menos, del primer aficionado voluntario, hace a muchos equivocarse de medio a medio. Todas las disciplinas son difíciles o arduas, según se las trate profunda o superficialmente. Mas el lenguaje de la línea es el que transparentará con más elocuencia lo personal y lo íntimo del artista. Es el medio más inmediato a la expresión y, por lo tanto, el que traduce más fielmente los movimientos y sensaciones espontáneas, al reaccionar ante la realidad. En suma: es un género peligroso para ciertos especialistas, por lo que desnuda todo ser carente de personalidad.

Algo de esto revelan las obras del señor Roberto Hosmann. Describen y detallan con toda prolijidad y soltura el paisaje, el edificio, las callejuelas, el caserío, los panoramas, pero nada más. Nada se desprende de la formalidad exterior. Carecen de una pesantez y de una personalidad, que les sobra a los dibujos que no se limitan a la función del kodak humano poco más o menos fielmente topográfico. Deseamos referirnos a los artistas que transportan una realidad plástica con la sin corrección, aunque siem-

Intercambio artístico

Benlliure, el confitero más escultor de España y el escultor de la producción más confitada, ha propuesto que exista un intercambio artístico entre la Argentina y la "madre patria". La iniciativa podría ser loable, de no provenir de quien la emitió. Nos explicaremos.

Comencemos por enunciar uno de los principales motivos que nos obligan a creer que ningún beneficio reportará, ni para la mayor difusión de la cultura artística en los dos países, ni podrá propender al mutuo conocimiento de ambos enjambres de artistas. Ese motivo fundamental lo constituye el pasado, el presente y quizás el futuro de don Benlliure, quien fué más bien rémora para el desarrollo de la escultura de su patria, que de adelanto y de aliento para los surgidos de última hora. Recordemos todos la vida precaria de ese admirable estatuero que fué Julio Antonio, su muerte, tronchando su obra; la miseria de su madre; y se comprenderá el por qué, muy hondo, de nuestra repulsión hacia quienes no dieron un paso y, es más, combatieron en el desaparecido todo lo que podía significar originalidad, renovación de moldes mandados, trillados.

Benlliure equivale a un Collivadino y Cia., con la agravante que aquel goza de más autoridad. Y bien, ¿qué pueden ofrecernos de uno u otro bando sino toda la escoria de entrambos ambientes artísticos?

Si esta iniciativa se realizara, en vez de aprender y enseñarnos, nos proporcionaría perjuicios y daños sin cuento. Las loas, los floripondios en forma de ditirambos, servidos en azafates o en bandejas a fin de cumplir con una cortesía mal entendida, nos aplastarían, quitándonos el menor sentido de la realidad. Otra cosa. No es muy imposible correr el riesgo de que se confunda como un representante genuino a tal o cual pintor, pertene-

ciente a uno u otro país, mientras, tal vez, nada represente y sea lo peorcito de todos.

Los ejemplos no faltan. Los nombres sobran. De la tanda de artistas nacionales que fueron a exhibirse ante los críticos transoceánicos, ¿cuántos no se marearon hasta tambalear, para después, llegados a sus lares, rebuznar como pollos? Tanto y tan hinchadamente los elogiaron que, al engrasarse, se perdieron para siempre.

Se deduce, pues, que los silenciosos, los estudiosos de verdad, los no impacientes para "llegar", en fin, los que seguramente más valen, ni serán divulgados ni sus obras podrán enseñarnos una zona nueva, una región inédita de un temperamento delicado, recio y etc.

Si en nuestro país mismo son muchos los postergados, los que se les tiene siem-

pre con el agua al cuello, ¿cómo no podría acontecer de idéntica manera en España, país ingrato con casi todos sus hombres de genio?

Tampoco de esos postergados haremos nombres. Bastan los someros argumentos, que hemos dado para comprender la aviesa desconfianza experimentada hacia este sedicente intercambio artístico.

No es óbice, todo lo dicho, para que no se intente y se palpén los resultados, que no tardarán en llegar. Por nuestra parte sentimos una invencible apatía, indiferencia y escepticismo en lo que atañe a la acción oficial, protegedora de inválidos, de adulones y de parásitos.

Si después se nos desmiente con la realidad de los hechos, contrarios a los pedidos por nosotros, por muy felices nos sentiremos de habernos equivocado de modo tan garrafal.

COMO VIVIMOS Y COMO PODRIAMOS VIVIR

TEMOR Y ESPERANZA

La palabra revolución, que hemos de emplear con tanta frecuencia, suena terriblemente a los oídos de muchas personas, aun cuando hayamos manifestado que no implica forzosamente un cambio acompañado de tumulto y toda clase de violencia, ni menos hecho mecánicamente y contra la opinión general por un grupo de individuos que de una u otra manera hayan logrado posesionarse del poder ejecutivo por el momento. Aun cuando hagamos ver que tomamos la palabra revolución en su sentido etimológico y entendemos por la misma un cambio de los miembros de la sociedad, la gente se espanta a la idea de tan vasta transformación y quiere que hablemos de reformas y no de revolución. Pero como los socialistas no entendemos de ninguna manera por esta palabra, revolución, lo que esa buena gente quiere decir con su palabra reforma, no puedo menos de pensar que sería un error usarla, por más que podríamos ocultar nuestros proyectos bajo una careta inocente. Así, pues, no abandonemos la palabra que significa un cambio de la base de la sociedad; puede asustar a la gente, pero al menos les advertirá que hay algo de qué asustarse, que no será menos peligroso cuando no se hace caso de ello, y también puede alentar a otros significando para ellos, no un temor, sino al contrario, una esperanza. Temor y esperanza, he aquí

los nombres de las dos grandes pastones que gobiernan la raza humana, y con las que los revolucionarios tienen que habérselas. Dar esperanza a los muchos oprimidos y temor a los pocos opresores; he ahí nuestra tarea; si hacemos lo primero y damos esperanzas a los más, los pocos quedarán asustados por la esperanza de aquéllos; no queremos darles otra clase de susto, no pedimos venganza para los pobres, sino felicidad; y en efecto ¿qué clase de venganza puede tomarse por todos los miles de años de sufrimientos de los pobres?

Con todo, muchos de los opresores de los pobres, los más, podemos decir, no se dan cuenta de que son opresores; llevan una vida ordenada y tranquila muy distante de los sentimientos de un romano dueño de esclavos o de un matanegro americano; saben que los pobres existen, pero sus sufrimientos no se les presentan de una manera chocante y dramática, ellos mismos tienen sus apuros, y piensan sin duda que tener apuros es la suerte de la humanidad; además les faltan los medios de comparar sus propios apuros con los de la gente que ocupa la escala más baja de la sociedad, y si alguna vez se les impone la idea de esos apuros más apremiantes, se consuelan con la máxima de que las gentes se acostumbran a las penurias que han de llevar, sean de la clase que quieran.

En efecto, al menos por lo que a los individuos atañe, esta es una verdad har-



WILLIAM MORRIS

Escritor libertario inglés, autor de la utopía "Noticias de ninguna parte" y uno de los más geniales renovadores del arte decorativo en Inglaterra.

to manifiesta, en virtud de la cual tenemos como sostenedores del estado actual de las cosas, por pésimo que sea, primero aquellos acomodados opresores inconscientes que piensan que lo han de temer todo de cualquier cambio que pueda implicar más que reformas suavisimas y gradualísimas, y en segundo lugar, las pobres gentes que, viviendo con penas y angustias, pueden apenas concebir que para ellos sea posible un cambio en sentido de mejora y no se atreven a arriesgar lo más mínimo de su mísero haber para dar un paso hacia una cosa tan problemática; de modo que mientras podemos hacer poco con los ricos, fuera de inspirarles miedo es difícil dar esperanza a los pobres. Nada más razonable que aquellos a quienes tratamos de involucrar en la gran lucha por una forma mejor de vida que la que llevamos ahora, exiján de nosotros que les demos al menos una idea de lo que aquella vida mejor puede ser; pero es difícil satisfacer esta petición, puesto que vivimos bajo un sistema que hace casi imposible siquiera un esfuerzo consciente para la reconstrucción; razón nos sobraría para contestar que hay ciertos obstáculos determinados por todo progreso real de la humanidad; podemos indicároslo: allanados y veréis.

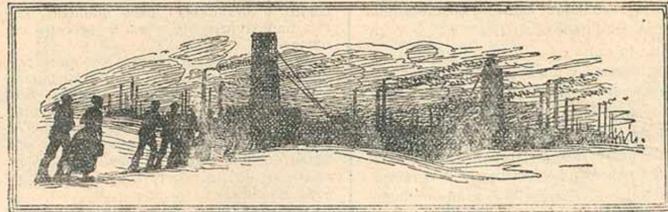
A pesar de esto voy a ofrecerte como víctima para la satisfacción de aquellos que consideran que tal como las cosas andan ahora, al menos tenemos algo, y les asusta la idea de perderlo porque temen que luego se encontrarán peor no teniendo nada. Vamos a ver, pues, con alguna atención, cómo vivimos bajo nuestro sistema actual.

LA GUERRA

En primer lugar hay que darse cuenta de que nuestro sistema actual de la sociedad está basado en un estado perpetuo de guerra. ¿Es posible que haya quien crea que esto debe ser así? Bien sé que muchas veces se ha dicho que la competencia, que ahora domina toda la producción, es cosa buena porque estimula el progreso de la humanidad, pero la gente que dice esto debería llamar la competencia con su verdadero nombre de guerra si quisiese ser sincera, y entonces quedaríamos libres para considerar si la guerra estimula el progreso o no. La guerra, o competencia, como quiera llamársela, significa que uno persigue su propia ventaja en desventaja de otro, y en el curso de la misma no debe repararse en la destrucción de las propias posesiones si se quiere salir vencedores en la lucha. Esto lo entiende todo el mundo perfectamente con respecto a la clase de guerra en que las gentes salen para matar y dejarse matar, esa clase de guerra en que hay almirantes que reciben el cometido de "hundir, quemar, y destruir la armada enemiga"; pero parece que la cosa no es tan clara con respecto al despilfarro de bienes cuando se trata de aquella otra guerra llamada comercio, y, sin embargo, el destrozo es el mismo.

ENTRE LAS NACIONES

Miremos un poco más de cerca esta forma de guerra para ver cómo se cumple la orden de "quemar, echar a pique y destruir". En primer lugar tenéis la forma llamada rivalidad nacional, que hoy día es la causa de todas las guerras con pólvora y bayonetas que hacen las naciones civilizadas. Años atrás, nosotros los ingleses las hemos huído, excepto en aquellas felices ocasiones en que las podíamos llevar a cabo sin ninguna clase de peligro para nosotros, cuando toda matanza, según toda probabilidad, podía ser del lado enemigo. Hemos repugnado la guerra de pólvora con un enemigo respetable, porque hemos tenido la parte del león en el mercado del mundo; no queríamos luchar por ella como nación, porque la teníamos ya; pero ahora esto va cambiando de una manera muy notoria, y para un socialista muy satisfactoria; estamos perdiendo o hemos perdido aquella parte del león; ahora tenemos una "competencia" desesperada entre las grandes naciones civilizadas por el mercado del mundo, y mañana puede ser una guerra desesperada por este fin. Como resultado, el fomento de la guerra (si no es en demasiado grande escala), no pertenece ya exclusivamente a los antiguos conservadores de honra y gloria, quienes, si realmente querían decir algo con esto, querían decir que una gue-



rra conservadora sería una buena ocasión para tener sumisa la democracia; todo esto ha cambiado, y ahora hay "patriotismo", como lo llaman los jefes de los progresistas radicales, individuos de cabeza larga que saben muy bien que se verifican movimientos sociales, a quienes no se les oculta que el mundo se moverá con su ayuda o sin ella; estos son los patrioterros de hoy. No quiero decir que sepan lo que hacen; los políticos, como es bien sabido, cierran cuidadosamente sus ojos a todo cuanto puede suceder seis meses adelante; pero lo que sucede es que el sistema actual, que implica siempre la rivalidad nacional, nos empuja a una arrebataña desesperada por los mercados, en condiciones más o menos iguales con otras naciones, porque hemos perdido el predominio que teníamos. Desesperado no es una palabra demasiado fuerte. Este afán de arrebatar mercados nos llevará adonde quiera, adonde debe; hoy es bandolerismo feliz e infame; mañana puede ser derrota y deshonra.

Esto no es una digresión, aunque al decirlo estoy más cerca de lo que generalmente se llama política, de lo que volveré a estar. Quiero solamente hacer ver adónde va a parar la guerra comercial cuando tiene que habérselas con naciones extranjeras y que hasta el más torpe puede ver cómo ha de ir acompañada de despilfarro, esto es, cómo vivimos ahora con las naciones extranjeras, dispuestas a arriñarlas sin guerra, si es posible; con ella, si es preciso, continuando entre tanto la ignominiosa explotación de tribus salvajes y pueblos bárbaros a quienes imponemos a la fuerza nuestras mercancías de desperdicio y nuestra hipocresía.

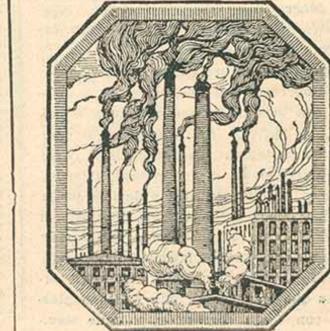
En lugar de esto, el socialismo ofrece la paz y la amistad. Podríamos vivir sin ninguna rivalidad nacional, reconociendo que aunque es lo mejor que se gobiernen por sí solos los que sienten que por la naturaleza constituyen una comunidad bajo el mismo nombre, sin embargo ninguna comunidad civilizada debe figurarse que tenga intereses opuestos a los de cualquier otra, siendo iguales las condiciones económicas de cada una, de modo que cualquier ciudadano de una comunidad pudiera trabajar y vivir sin estorbo cuando se encontrara en un país extranjero y cabría en su puesto de la manera más natural; de modo que todas las naciones civilizadas formarían una comunidad grande, acorde, con respecto a la calidad y cantidad de la producción y su distribución, y produciendo tal o cual producto donde podría hacerse con más ventaja, y evitando el despilfarro de todos modos. Imagináis la cantidad de gasto inútil que se evitaría, el aumento enorme que semejante revolución aportaría a la riqueza del mundo. ¿Dónde está la criatura terrestre que resultaría perjudicada por semejante revolución? ¿no estaría al contrario todo el mundo mejor? ¿y qué lo impide? yo lo diré luego.

ENTRE LOS CAPITALISTAS

Pasemos de la competencia entre las naciones a la que existe entre "los organizadores del trabajo", las grandes razones sociales, las sociedades por acciones y demás capitalistas, y veamos cómo la competencia estimula la producción entre ellos. Ciertamente lo hace, ¿pero qué producción es esa? Es la producción de algo para vender con ganancia, o sea la producción de ganancias, y véase cómo la guerra comercial estimula esta producción: cierto mercado demanda géneros; hay, digamos, un centenar de fabricantes que hacen esta clase de géneros, y cada uno de ellos quisiera, si pudiese, guardar este mercado para sí solo y se afana desesperadamente para conseguir tanto como pueda; siendo el resultado natural que ahora la cosa está extremada y el mercado atestado de mercancías y toda esta furia de fabricación ha de ce-

sar forzosamente. ¿No os parece que esto es como la guerra? ¿no veis el despilfarro de éste, despilfarro de trabajo, de habilidad, de astucia, de vida, en fin? Bien es verdad, diréis acaso, pero abarata los géneros. Hasta cierto punto sí, y aun sólo aparentemente, puesto que los salarios para el trabajador ordinario tienen tendencia a bajar en la misma proporción que los precios, y ¿a qué precio obtenemos esta apariencia de baratura? Para decirlo claramente, al precio de averdar al consumidor y matar de hambre al verdadero productor en beneficio del jugador, para el cual son vacas de leche tanto el consumidor como el productor. No necesito entrar de lleno en el asunto de la adulteración, porque todo el mundo sabe el papel que ésta desempeña en esa clase de comercio, pero téngase presente que es un incidente absolutamente necesario en la producción de ganancias por medio de mercancías, que es el negocio del llamado fabricante, y por otra parte el consumidor, por punto general, está completamente indefenso contra el jugador; las mercaderías se le imponen por su baratura y con ellas cierta clase de vida determinada por esa baratura agresiva y enérgica, pues de tanto alcance es esta plaga de la guerra comercial, que ningún país está a salvo de sus devastaciones; las tradiciones de 1000 años caen en un mes; invade un país débil o semibárbaro, y todo cuanto había de romántico, placer o arte, se hunde en un charco de sordidez y fealdad; el menestral indio o javanés, ya no ejerce su oficio cómodamente trabajando unas cuantas horas al día para producir un laberinto de singular belleza en una pieza de paño; una máquina de vapor se pone en marcha en Manchester, y esa victoria sobre la naturaleza y mil dificultades rebeldes, es empleada para el trabajo útil de producir una especie de emplasto de arcilla y desperdicios vegetales, y el obrero asiático, si no muere materialmente de hambre, como sucede en gran escala, tiene que entrar en una fábrica para rebajar el salario de su hermano, obrero de Manchester, y no le queda nada de su carácter, sino probablemente un cúmulo de miedo y odio a ese mal para él inexplicable: su amo inglés. El isleño del Pacífico ha de abandonar su ocupación de excavar canoas, su dulce reposo y sus graciosos bailes para hacerse esclavo de un esclavo; los pantalones, los tejidos de desperdicios, el ron, los misioneros y enfermedades fatales, toda esta civilización la ha de tragar en globo, y ni él mismo ni nosotros podemos remediarlo hasta que el orden social reemplace la horrosa tiranía del juego de bolsa que le ha arruinado.

Dejando éstos como tipos de consumidores, vamos a ver cómo afecta al verdadero productor, el obrero, esta arrebataña por la explotación del mercado. El fabricante, en la premura de su guerra, ha reunido en vecindario un enorme ejército de trabajadores, los ha ejercitado hasta quedar apropiados para su especialidad de producción, es decir, para sacar ganancia de la misma, y con el resultado que no sirven para nada más; pues bien, cuando queda repleto el mercado que provee, ¿qué sucede a ese ejército en donde cada individuo depende de la demanda continua en aquel mercado, y obra como no puede dejar de obrar, como si hubiese de continuar eternamente? Bien sabéis lo que le pasa. La puerta de la fábrica se cierra para un gran número, y en el caso más favorable para el ejército de reserva tan activamente ocupado en la época de empuje ¿qué se hace de ellos? Harto lo sabemos; pero lo que no sabemos o no queremos saber, es que este ejército de reserva en una necesidad absoluta para la guerra comercial; si nuestros fabricantes no tuviesen estos pobres diablos para arrastrarlos a sus máquinas, cuando la demanda va creciendo, otros fabricantes de Francia, de Alema-



nia o de América vendrían a quitarles el mercado. Veis, pues, que, como vivimos ahora, es necesario que una parte muy grande de la población industrial se halle expuesta al peligro de morir casi de hambre periódicamente y no en beneficio del pueblo de otra parte del mundo, sino al contrario, para su envilecimiento y esclavización. Dejád, pues, las fantasías correr un momento para hacerlos cargo del despilfarro que significa eso de abrir mercados nuevos en países salvajes y bárbaros, que es el tipo extremado de la fuerza del mercado de ganancias del mundo, y comprenderéis la horrosa pesadilla que es este mercado, que nos tiene sudando y espantados por nuestra vida, incapaces de leer un libro, o mirar un cuadro, o dar un paseo por agradables campos, o tendernos al sol, o de participar de los conocimientos de nuestra época; en fin, de tener placeres animales o intelectuales, ¿y para qué?, para que continuemos viviendo la misma vida esclavizada hasta que muramos, para proporcionar a un rico lo que se llama una vida de comodidades y de lujo, es decir, una vida tan vacía, insalubre y degradada, que tal vez al fin y al cabo es peor que la de los trabajadores, y en cuanto al resultado de este sufrimiento, el más favorable es cuando no es nada absolutamente, cuando podéis decir que las mercancías no han hecho bien ni mal a nadie, pues las más de las veces sucede que han hecho mal a mucha gente y que hemos trabajado y gemido y muerto haciendo veneno y destrucción para nuestros prójimos.

Pues bien, digo que todo esto es guerra y resultados de la guerra, no de naciones competidoras, sino de capitalistas y sociedades de capitalistas, y es esta guerra de las casas capitalistas la que impide la paz entre las naciones que hemos encontrado tan necesaria, pues debe reconocerse que la guerra es el elemento de vida de estas casas combatientes que en nuestra época han reunido en sus manos casi todo el poder político, y que en cada país se juntan para hacer a sus respectivos gobiernos desempeñar precisamente dos funciones: la primera la de policía fuerte en el propio país para guardar el circo en que los fuertes baten a los débiles, y la segunda el de obrar como guardia de piratas para con el extranjero, una bomba para abrir las puertas que conducen a los mercados del mundo, mercados a cualquier precio en el extranjero, privilegios inatacables en el país y proporcionar éstos es la única incumbencia de los gobiernos, como los concebían nuestros capitanes industriales. Vamos ahora a examinar la razón de todo esto y trataremos de contestar a la pregunta ¿porqué han adquirido todo este poder los especuladores o al menos por qué son capaces de guardarlo?

Esto nos conduce a tratar la tercera forma de la guerra comercial, la última en que descansa todo el resto. Hemos hablado primero de la guerra de las naciones rivales, luego de la de las casas rivales; ahora hemos de hablar de los individuos rivales. Así como las naciones bajo el sistema actual son empujadas a competir una con otra por los mercados del mundo y como las casas o jefes industriales tienen que arrebatarse su participación en las ganancias de los mercados, asimismo tienen que luchar unos con otros los trabajadores para ganarse la vida, y esta constante competencia o guerra entre ellos mismos es lo que hace posible a los explotadores sus ganancias y tomar en sus manos todo el poder ejecutivo de la nación. Pero aquí está la diferencia entre la posición de los trabajadores y la de los especuladores: para

éstos últimos la guerra es necesaria el ganancierismo es imposible sin competencia individual, corporativa, nacional; para ganarse la vida se puede trabajar sin competencia, podéis asociaros en vez de competir. He dicho que la guerra era el elemento vital de los especuladores, de la misma manera la asociación es la vida para los trabajadores. Las clases trabajadoras que constituyen el proletariado no pueden existir como clase sin asociación de una u otra especie. La necesidad que obligó a los especuladores a juntar a los trabajadores primero en talleres según la división del trabajo y luego en grandes fábricas puestas en marcha por maquinarias, acumulándoles gradualmente en las grandes ciudades y centros de civilización ha dado origen al proletariado como clase distinta, dándole su existencia mecánica por decirlo así. De esta manera están realmente unidos en grupos sociales para la producción de mercancías, pero por ahora solo mecánicamente; no saben en qué trabajan ni para quién trabajan, porque están juntados para producir mercancías, en lo cual la ganancia de un amo forma la parte esencial, en vez de producir mercancías para su propio uso; mientras hacen esto compitiendo uno con otro, con el permiso de hacerlo, serán y se sentirán simplemente como parte de esas casas competidoras, no serán más que una parte de maquinaria para la producción de ganancias, y mientras esto dure, el objeto de los amos o especuladores será reducir el precio del mercado de esta parte humana de su maquinaria, es decir, teniendo ya en sus manos el trabajo de los muertos en forma de capital y maquinaria, su interés o digamos la necesidad les obliga a pagar tan poco como puedan por el trabajo de los vivos que tienen que comprar al día; y como los obreros que emplean no tienen nada más que su fuerza de trabajo, están forzados a orrecerse el uno por menos que el otro para obtener empleo y salario, haciendo así posible el juego del capitalista.

ENTRE LAS CLASES

He dicho que, como están las cosas, los trabajadores son una parte de las casas competidoras, un complemento del capital. Sin embargo, lo son solamente por compulsion, y aun sin darse cuenta de ello luchan contra esta compulsion y sus efectos inmediatos, —el descenso de sus salarios, de su tipo de vida; y esto lo hacen y deben hacerlo como clase e individualmente, exactamente como el esclavo de los grandes señores romanos, aunque claramente se sentía como parte de la casa, colectivamente desertaba de su amo siempre que podía hacerlo con seguridad. Tenemos aquí otra forma de guerra necesaria en nuestro modo de vivir actual, la guerra de clase contra clase, que cuando llegue al extremo (y parece que este término se aproxima) destruirá aquellas otras formas de guerra de que hemos hablado, hará insostenible la posición de los especuladores; la guerra comercial perpetua destruirá el sistema actual del privilegio competidor o la guerra comercial.

He dicho que para la existencia de los trabajadores era necesaria la unión y no la competencia, mientras que para los especuladores la unión era imposible y la guerra necesaria. La situación actual de los trabajadores es la de maquinaria comercial, o en términos más llanos, de esclavos; cuando ellos cambien de posición haciéndose libres, la clase de los especuladores dejará de existir ¿y cuál será entonces la situación de los trabajadores? Aun tal como está ahora, ellos son la única parte necesaria de la sociedad, la que le da vida; las otras clases no son más que parásitos que viven de ellos; pero, ¿qué serían, qué serán, cuando una vez para siempre lleguen a conocer su poder real y dejen de competir unos con otros por ganarse la vida? Os lo diré: serán la sociedad, serán la comunidad, y siendo la sociedad, esto es, no habiendo ninguna clase fuera de ellos

con que luchar, podrán arreglar su trabajo en conformidad con sus propias necesidades reales. Habéis oído hablar de oferta y de demanda, pero esta oferta y demanda se entiende bajo el dominio del mercado de los jugadores de bolsa; la demanda es forzada antes de haber oferta y por otra parte los productores no pueden quedar ociosos, puesto que cada uno trabaja contra todos hasta que el mercado esté atestado, y los trabajadores echados a la calle oyen decir que ha habido exceso de producción, y, en medio de este exceso de géneros invendibles, ellos van desprovistos hasta de lo necesario, porque la riqueza que ellos han creado está mal distribuida, es decir, que se les ha despojado de ella injustamente. Cuando los trabajadores sean sociedad, regularán su trabajo de modo que la oferta y la demanda sean genuinas, no de juego; los dos factores serán entonces proporcionales, porque si es la misma sociedad que demanda la que ofrece, no habrá más carestías artificiales, ni más pobreza en medio de exceso de producción, en medio de existencias demasiado grandes, precisamente de las cosas que deberían abastecer a la pobreza convirtiéndola en bienestar. En fin, no habrá despilfarro y no habrá tiranía.

Pues bien, lo que el socialismo ofrece en lugar de estas carestías artificiales con su sobreproducción es, para repetirlo, la regulación de los mercados, oferta y demanda proporcionales; nada de juego y por lo tanto nada de despilfarro; nada de exceso de trabajo y cansancio para el trabajador durante un mes, y falta de trabajo y sobra de hambre al mes siguiente, sino trabajo continuo y mucho tiempo libre cada mes; nada de mercancías baratas para el mercado; es decir, géneros adulterados que casi no contienen nada bueno, meros andamios para construir ganancias; nada de invertir trabajo en cosas que las gentes dejarán de usar cuando dejen de ser esclavos; abolida la ganancia, se fabricarán tan sólo las cosas de utilidad real y no como ahora, las que convienen a los especuladores del país y del extranjero.

WILLIAM MORRIS
(Concluirá)

Un cuentito y una moraleja

Ha de ser cierto no más, eso de que el diablo sabe más por viejo que por diablo. Al menos así lo aseguran todos desde que el mundo es mundo y se empieza a peinar canas. Mi abuela, que Dios ha de tener en la Gloria, me solía contar todas las noches para hacerme dormir, un cuento, tan largo y tan viejo como el padre eterno; pues a mí me lo estuvo contando cinco años consecutivos, y eso que, según ella, mi cuento era la continuación del que le contaba a mi madre, que en cuanto llegó a la edad en que se pierde el interés por los cuentos, lo dejó trunco para continuarlo después con el nieto.

Recuerdo que una noche pregunté: ¿cómo se llama ese cuento, abuelita? Y ella me respondió: El cuento que nunca se acaba. Ella se lo oyó a mi bisabuela, que entre paréntesis, según el decir de mi abuela, era la mujer más devota del pueblo y la más ilustrada e inteligente, pues que, aunque cayeran rayos y centellas y lloviera a cántaros, ella no dejaba de comulgar; antes que eso, el diluvio... De ahí proviene que mi abuela se llama Constantina, mi Madre Constancia, y a mí, que no hay cosa que más me fastidie que la constancia y el método, me pusieron Constante. Pero esto no tiene importancia. Vamos a seguir el cuento.

Aunque si bien es cierto que el cuento que me contaba mi abuela se lo aprendí a mi bisabuela, y para colmo de los colmos, el cuento es tan largo y tan viejo como el mundo, pues que es el cuento

que nunca se acaba... Ahora calcula tú, caro lector, por la vejez del cuento, si ha lugar a duda alguna. Bueno, presta atención, que va a empezar el cuento:

"Pues bien, anoche fibamos... ¡Ah, sí, ya recuerdo!... Quedamos en que la pobre y desgraciada Lucinda, hija del dolor y de la inquietud humana, se convirtió en un hermoso pájaro azul. Desde ese instante, el pájaro comenzó a recorrer el mundo. Con su cuerpo azul y sus alas de luz, parecía un mensajero del cielo. En el rincón más apartado de los pueblos, donde quiera que hubiera un ser humano, todos sentían deseos de ver y oír cantar al pájaro azul, llamado el "mensajero desconocido". Pero como la pobre y desgraciada Lucinda era hija del dolor y de

la inquietud humana, aquel pájaro azul, tan hermoso, tan deseado y querido por los hombres, lloraba a veces amargamente como la pobre Lucinda, que siendo tan querida y cortejada por los mozos, pocos, muy pocos la amaban de verdad y la alientaban en sus instantes de desamparo".

—¿Y por qué lloraba el pájaro azul, abuelita?

Ahí quedó trunco el cuento, que aunque es tan viejo como el mundo, no por eso nuestros hijos dejarán de preguntarnos por el destino del pájaro azul, que hoy llora amargamente.

HELIOS

Justicia y economía

Puede decirse que hasta que el socialismo moderno suscitó la idea de *justicia* y *economía* sociales no se tenía un concepto claro de estas ideas.

Por *justicia* se consideraba los preceptos morales consignados en los libros sagrados o las prescripciones legales.

Por *economía* entendíase el conjunto de prácticas rutinarias transmitidas tradicionalmente en los distintos ramos de la actividad humana.

Era la *justicia* la biblia y el código; era la *economía* la ruina envejecida y aceptada sin examen.

La idea de *justicia*, que ha de ser la última expresión del trabajo del pensamiento en lo moral, y la de *economía*, que representará el dominio científico de la materia, tomadas de lo pasado y respetadas como cosa histórica y tradicional, constituyen un error gravísimo, cuya consecuencia inmediata es dificultar el progreso, convirtiéndolo en reaccionarios a los poderes, las instituciones, las costumbres y a un número inmenso de personas.

La razón es clara: considérese si se quiere el cristianismo allá en su origen como un progreso inspirado por la idea de *justicia* que protesta contra los errores y la corrupción del paganismo; considérese igualmente el derecho romano como un progreso social y político respecto de la imperfecta organización de los Estados anteriores. ¿Puede aceptarse que el cristianismo y el derecho romano sean la fórmula absoluta de la *justicia*? Veinte siglos de dominación durante los cuales la historia archiva un cúmulo espantoso de guerras, revoluciones, pleitos y todo género de crueldades y sangrientas desavenencias responden negativamente.

Las necesidades materiales de la vida son apremiantes e imprescindibles; para llenarlas cumplidamente era necesario tener una noción justa del derecho para que todo consumidor cumpliera sus deberes sociales sin faltar a la *justicia*, y después necesitábase un conocimiento suficiente, ya que absoluto no era posible, de la materia utilizable y adaptable a las necesidades humanas, juntamente con una organización equitativa del trabajo, del cambio y de la distribución de los productos. ¿Puede creerse que con la carencia de circunstancias tan esenciales existiera la *economía*? Las orbes industriales, la aglomeración de habitantes en los grandes centros de población, la miseria de las poblaciones rurales, las emigraciones en masa y las guerras para la conquista de nuevos mercados dan también respuesta negativa.

En el orden moral es justo lo que por el concurso de todos a todos beneficia por igual.

En el orden material es económico lo que por todos y para todos produce más y mejor resultados con menor esfuerzo.

Si con el criterio que de éstos principios sociales se desprende juzgamos la actual sociedad, llegaremos a un severísimo juicio.

Encontramos que el producto se obtiene por el concurso de capitalistas y obreros: los primeros en posesión del crédito, del capital, de las primeras materias y de los instrumentos de trabajo; los segundos poseyendo únicamente sus brazos y un empirismo práctico.

Para el capitalista la propiedad del producto, más los beneficios de su venta.

Para el obrero que ha vendido su trabajo por el jornal, hállase el peligro de verse despojado de su oficio, único medio de subsistencia, por la adopción de una nueva máquina, y cuando como consumidor ha de adquirir el mismo producto que ha creado, ha de pagar la usura al capitalista.

Semejante fundamento social, considerado con el criterio de la *justicia*, es inhumano e injusto, por cuanto viene a ser un pacto leonino en que el que contribuye con más es el que reporta menos en odiosa desproporción; considerado con el de la *economía*, es desordenado e irregular, toda vez que con ese sistema de producción se pierden fuerzas, inteligencias, actividades e iniciativas.

Tan inicuo como torpe procedimiento es causa de un dualismo social que divide a los hombres en explotadores y explotados, y se opone a la fraternidad y solidaridad que deba existir entre todos los miembros de la gran familia humana.

Vemos, pues, que lo que en el mundo de la tradición y de los explotadores se entiende por *justicia* y por *economía*, en el mundo de la razón y de la ciencia es *injusticia* y *despilfarro*.

Para que la *justicia* y la *economía* sean una verdad en los hechos y en la apreciación general de todas las inteligencias, necesitase una transformación social que destruya todos los privilegios, y una difusión de la ciencia que desvanezca los errores de la tradición y los espejismos con que los falsos sistemas alucinan a los sectarios.

Hoy que los trabajadores constituidos en potencia social proclaman que su emancipación ha de ser su propia obra, deben penetrarse bien de la noción exacta de *justicia* y *economía*, estudiarla en el seno de sus organizaciones, prepararse a llevar a la práctica sus conclusiones y acelerar la obra revolucionaria, porque sólo de éste modo pueden, en medio de la sociedad de la injusticia y del desorden, anticiparse a servir la causa de la *justicia* y de la *economía*.

ANSELMO LORENZO — 1887



ESBOZO DE HISTORIA DE LAS UTOPIAS

III

La utopía social sería no renace sino 18 siglos después de Platón, en 1916, por la *Utopía* de Thomas Moro (1478-1535).

La conciencia de la falta de justicia social no estuvo ausente durante el largo período de la edad media. El *serchano natura*, esa *utopia teorica* de los espíritus abstractos, hasta una edad de oro reconciliada, muy piacionicamente, es verdad, por los juristas de corazón endurecido y por los padres de la iglesia avidos de dominación tanto temporal como espiritual, — ese derecho natural consabatada la igualdad y la libertad primitivas y no reconocía el derecho exclusivo de los unos a la riqueza y a la explotación de los demás. El derecho y la iglesia se han proporcionado siempre ciertas salidas por las cuales podrían renegar lo que defendían en tanto que es poderoso. Eso no les impidió ser los apologistas feroces de todos los sistemas en vigor y aprovecharlos para cerrarse en las regiones del derecho natural y del cristianismo social, cuando los pueblos se muestran cansados de ser dominados y explotados. Han adquirido así una omnipotencia política y administrativa y, al mismo tiempo el aspecto ideal, utópico, de sus teorías atrajo a los hombres de gran inteligencia y de corazón — y Thomas Moro es el tipo perfecto de un hombre de ese género que conoce la crítica social de la iglesia y el derecho natural, que conoce en esa edad del kenacimiento y del humanismo a Platón y su *Politeia* y lo mejor que han producido griegos y romanos, es experto en derecho tanto como en comercio que, en esa edad de los grandes descubrimientos, concibe planes vastos, va mundos desconocidos descubiertos, aproximados por cada viaje, y ve también los sufrimientos de los pobres y el mecanismo gubernamental que los apiasta. Dice claramente, y estas palabras tienen siempre valor, que todo Estado moderno no parece ser más que una conspiración de los ricos que, bajo el pretexto de la salvación común no atienden más que a su propio provecho; hacen regulaciones en nombre de la totalidad, por tanto también de los pobres, y llaman a eso leyes. Lo que Moro, que pensaba cada factor económico y político de su tiempo y construyó su utopía con esos materiales, no pudo apreciar aún, fué la voluntad, la rebelión del pueblo que, en efecto, si se sentía desdichado y hasta si se rebelaba, obraba en defensiva, por desesperación o cediendo a la exaltación religiosa. De ahí que, como representante consciente de la burguesía naciente, Moro no viera más que el gubernamentalismo, la reglamentación de la producción por las autoridades sabias, lo que permitiría entonces una vida privada relativamente independiente de los ciudadanos.

Sobre esas bases, Thomas Moro construyó su *Utopía* que es la Inglaterra regenerada socialmente; porque si más tarde de los autores de utopías trataron de hacer abstracción de las condiciones de su país y de su tiempo, los primeros utopistas, al contrario, se han atenido a conservar el contacto con la vida real de su tiempo, desarrollando las tendencias progresivas y eliminando las inclinaciones molestas, lo que ha aumentado probablemente el interés por sus escritos que, por lo que respecta a la *Utopía* de Moro, fué muy grande y duradero; al lado de la Biblia y de los autores clásicos, las utopías están entre los libros más internacionalmente difundidos por las traducciones. Moro, ayudado por su talento y por sus conocimientos, creó, pues, una obra que se colocó de inmediato en el rango de la de Platón y que ha sabido conservar esa primera posición: ha sido fácil escribir utopías más plausibles, más maravillosas, pero no más inteligentes, reflexivas y asociadas con lo posible, con la realidad, por un sello particular, — esa vasta experiencia del autor que le protegía contra las exageraciones y le hacía adivinar adónde llegarían las tendencias de que en su tiempo no pudo ver más que los comienzos.

En la Francia del siglo XVI los conflictos sociales no fueron menos agudos que en Inglaterra, Alemania y en Italia; aristócratas y campesinos, la corte y la

burguesía estaban tan separados como en la vispera de la revolución francesa, pero existía ese confort y esa riqueza de la burguesía y del clero que desvían las grandes cuestiones del comercio internacional, de la potencia marítima, entonces tan palpitantes en España, en Inglaterra, en Flandes, en Italia. Se cultivaba, pues, a expensas de los campesinos, bestias de carga, el confort y el lujo que, los nuevos descubrimientos del lujo antiguo, sumados al lujo de los castellanos y burgueses de la edad media, aseguraban a los privilegiados una vida encantadora. La obra de Rabelais muestra todas las variedades de esa abundancia y de ese lujo, de los deleites groseros en los goces más refinados, en esa *Abadía de Theleme*, falansterio libertario donde el *haz lo que quieras* es la única regla; esto está muy bien, pero socialmente es, en suma, la vida de los castillos, la dulce ociosidad, el todo basado sobre el trabajo del pueblo negro de que no se había, como en la antigüedad el libre ciudadano griego no hablaba del trabajo de los esclavos que le alimentaban. Etienne de la Boetie puso la mano en la llaga — la *servidumbre voluntaria* del pueblo que se desloma para saciar los parásitos, pero Rabelais, Montaigne y todos los demás dejaban ir las cosas y no las observaban desde muy cerca.

Entre las utopías más famosas y los escritos utópicos será preciso recordar los *Mondi celesti, terrestri ed infernali degli Accademici Pellegrini*, de Francesco Doni, florentino, siglo XVI; la *Nova Atlantis*, de F. Bacon; la *Civitas Solis* de Tommaso Campanella, calabrés, escrita entre 1620 y 1623 en la prisión de Nápoles; *Republique Christianopolitane description*... (Descripción de la república cristianopolitana...), Extraburgo, 1619, por Johann Valentin Andreae, alemán; *Mundus alter et idem* del obispo Joseph Hall, 1607; *The Man in the Moon* (El hombre en la Luna), de Francis Godwin, Londres, 1638; *L'autre Monde ou Histoire comique des Etats et des Empires de la Lune*, por Cyrano de Bergerac, 1657; *The Commonwealth of Oceana* (La república de Oceana), por J. Harrington, 1656. — Entre ellas, los trabajos de Bacon, de Campanella y de Andreae ofrecen el mayor interés y, si por la organización general, no se elevan por sobre Moro, al contrario, para la organización del trabajo, de la ciencia, de las invenciones presentan perspectivas notables. Observamos también esa literatura volviendo a lo maravilloso, a la sátira, a la alegoría, y al formalismo político, no social, como en la *Oceana* de Harrington, que, como se trató de probarlo, tuvo alguna influencia en los autores de la constitución norteamericana; véase *Harrington y su influencia en las instituciones políticas americanas y el pensamiento político*, por el profesor Th. W. Dwight (*Political Science Quarterly*, marzo de 1887, págs. 1-44).

Se consultará, por ejemplo, los escritos de B. Limónowski (1873), de Karl Kautsky y del profesor Nys sobre Moro y Campanella; hay estudios italianos de gran aliento sobre Campanella; *L'oeuvre scientifique de Cyrano de Bergerac*, por Juppou, en las *Memoires de la Academia* de Toulouse, 1907, segunda serie, tomo VII, páginas 312-375, etc.

Se puede decir que las utopías de Moro, de Bacon y de Campanella (que pasó sus últimos años en París e influenció el medio de donde salió Cyrano) constituyen parte de la literatura internacional leída por todos los hombres instruidos del siglo XVI, pero que por mucho tiempo nadie se arriesgó a escribir una utopía de un nivel semejante. ¿Fuieron su causa las guerras, el absolutismo real en el continente? En Inglaterra, sin embargo, veces socialistas muy serias se elevaron desde la mitad de ese siglo. — Gerald Winstanley, que propuso una toma directa de la tierra; el holandés P. C. Ploekooy que escribió en inglés (1658) y John Bellers, 1695, que proponen asociaciones productivas, no voluntarias, sino organizadas al principio con el dinero adelantado por los ricos o hombres de negocio, etc.: es la utopía reducida a la proposición de un esfuerzo práctico inmediato. Tales ideas, un fruto de las utopías más lejanas, han

debido reducir el interés por éstas en Inglaterra.

En Francia, por el contrario, en fin, hacia el último tercio del siglo XVII nace el interés por la utopía y aumenta bastante, tal vez apoyado por el interés de los viajes, de la colonización en América del norte, etc., propio de esa época. Un hugonote del Languedoc, *Denis Vairasse*, antiguo militar, hizo aparecer en 1675, en texto inglés, *The History of Sevarites or Severambly*... en texto completo en francés desde 1677 a 1679, *Histoire des Sevarambes, peuples qui habitent une partie du troisième continent, communément appelé la Terre Australe* (París), otra edición de 1681-82; traducción holandesa, Amsterdam, 1682; alemana, Sultzbach (en el Palatinado), 1689 y también en 1717, otra en Itzehoe, 1783; traducción italiana, Venecia, 1730, etc. — obra voluminosa impresa varias veces, la última, según pienso, en la gran colección de *Voyages imaginaires*, aparecido de 1787 a 1789, tomo 5.

Esta utopía, que en lo referente a la política se acomoda, se diría por la forma, a la Francia ultramonárquica de Luis XIV, se desarrolla con completa y valerosa independencia en el terreno social, denuncia y rechaza la propiedad privada, estudia cuidadosamente la organización de la producción, en una palabra, planteó de nuevo una utopía moderna y elaborada, desprovista del factor maravilloso, ante el público, que ha debido leerla mucho, según testimonian las ediciones múltiples y los libros parecidos, utopías menores, que comenzaron a aparecer: porque, con excepción de G. de Foigny, quizás, falta un verdadero continuador a Vairasse, y el género degenera de nuevo.

Gabriel de Foigny hizo aparecer en 1676, en Ginebra, *Les Aventures de Jacques Sadeur dans la découverte et le voyage de la Terre Australe*; otras ediciones de 1692, 1732 y en la gran colección de 1787-89; existe una traducción inglesa, pero apenas alguna otra. Aquí el autor expone una vida sin leyes o casi, pero vivida por criaturas extra-humanas, los hermafroditas. La cuestión de la libertad, que el autor amaba y afirmaba, no es, pues, seriamente abordada. Pero la concepción de una vida no cuidadosamente reglamentada es tan rara en las utopías que ésta es tan memorable desde ese punto de vista como *Theleme* de Rabelais. Así Fenelon, en un *al margen* de su *Télémaque* (los campesinos de la Bélica, cap. VII), como un siglo más tarde *Abenazar's kleine Republik*, en un libro de viajes del republicano alemán Röhmann, 1794, como aquí y allí aun en las novelas de viaje y otras del siglo XVIII en Francia, describen pequeños grupos raros en los valles aislados, viviendo en suprema armonía y dicha, sin propiedad y sin jefes: ese fué un ideal utópico que se amó, pero que se creyó tan lejano que no se le consagró libros enteros.

Entre las utopías menores, mezcladas también a los viajes fantásticos, forma de sátira inaugurada vigorosamente por el *Gulliver* de Swift, y a las creaciones de comunidades-miniatura, inspiradas por el *Robinson Crusoe* de Defoe (1719), mencionamos: *Histoire de Calejuva, ou de l'Isle des Hommes raisonnables* (sin lugar ni fecha; Dijon, 1700, 12°), llamada la más rara de las utopías; yo no la conozco; — *Idée d'un Regne doux et heureux, ou Relation du Voyage du Prince de Montberand dans l'Isle de Naudey*, 1703, nuevas ediciones en 1706 y 1709 (por Pierre Lescouvel); — *Voyages et Aventures de Jacques Massé*, dos ediciones de 1710 (por Simón Tyssot de Patot), otra edición de 1760; traducción inglesa, 1743; traducción alemana, 1757, por J. F. Bachstrom, autor él mismo de una utopía sobre el *Land der Inquiraner*, 1736-37, nuevas ediciones en 1744 y 1810 (véase el estudio de Hermann Ulrich en la revista *Euphorion*, volumen XVI, 1909); — la *Relation du Voyage de l'Isle de l'Eutopie*, 1711, es una alegoría religiosa sin ningún valor social; lo mismo sucede con *La Monarchie des Solipses*, 1721, 1754, traducida al español, Madrid, 1820, una sátira contra los jesuitas; — por el contrario en *Nicolaï Klimii Iter subterraneum*... (Niels Klim's Unterirdische Rei-



se...), del danés Ludwig Holberg, 1741, en latín, se mezcla la sátira política y social y la fantasía utópica; esa obra, traducida a las principales lenguas el siglo XVIII, fué el modelo de *La Raza Futura*, de Lord Lytton Bulwer, 1871; — Samuel Brunt (pseud.), *A Voyage to Cacklogallivia*... (Un viaje por Cacklogallivia), Londres, 1727 y traducciones; — *El Nouveau Gulliver* (por el abate Desfontaines), 1730, traducción alemana, 1731; — *La De couverte de l'Empire de Cantahar*, París 1730, (por Varenne de Mondasse); — *Lo mekies, ou les Voyages extraordinaires d'un Egyptien dans la Terre interieure*... 1736-37, reimpresso en la gran colección de 1787-89, volúmenes 20 y 21; — *Relation du Monde de Mercure*, Ginebra, 1750, también en la misma colección, vol. 16, donde se encuentra también el *Nouveau Gulliver*, Vols. 15 y 16.

Max Nettlau

(Continuará)

Diminución de la natalidad en Alemania después de la guerra

Ya antes de la guerra se observaba en algunos Estados civilizados un descenso de las cifras de la natalidad que provocaba graves reflexiones en los economistas y en los médicos. La investigación dirigió su atención a establecer si había que calificar de factor decisivo de ese fenómeno social a una disminución de la capacidad reproductora o a una influencia de la "voluntad de tener hijos" por condiciones externas o internas. Puntos de apoyo para la primera posibilidad, según la cual la causa del descenso de la natalidad sería la degeneración, no han podido ser presentados. Tampoco durante la guerra y en la post-guerra se ha observado un decrecimiento de la capacidad de reproducción. Sin embargo, el descenso de la natalidad hace en Alemania progresos constantes. En un sentido restrictivo de la natalidad actuó primeramente la disminución de los casamientos durante la guerra, pero que ciertamente en la post-guerra se restablecieron, incluso se superaron. Pero la edad de los cónyuges es superior con relación a los años anteriores. En Berlín el número de los hombres que se casan antes de 30 años descendió de 67 por ciento desde 1876 a 1879 a 53 por ciento en 1919-23; el de las mujeres que se casan antes de 30 años, de 77.2 por ciento a 70.4 por ciento en los mismos años. A eso se añade la falta de 1.872.635 jóvenes caídos en la guerra. Por esa pérdida deben ser naturalmente influenciadas las cifras de la natalidad durante décadas enteras. Por otra parte, no hay que desconocer que la presión moral de la guerra y el período de las condiciones económicas han detenido fuertemente la reproducción.

El movimiento berlinés de la natalidad señala, de acuerdo a la base de las últimas cifras, un cuadro espantoso: de 47.2 nacimientos sobre cada 1000 habitantes en 1876, descendió la cifra de la natalidad a 13.4 por mil en los años 1915-18. El aumento de los matrimonios durante el tiempo de la desmovilización produjo un aumento a 18 por mil, pero desde 1921 se manifiesta un retroceso ulterior que llega hasta un 10.4 por mil en 1923. Esto equivale a la cuarta parte de la cifra de 1876. Los hijos legítimos han disminuido en un 79 por ciento, los ilegales en un 72 por ciento. Eso ha hecho que en Berlín actualmente la cifra de los nacimientos sea inferior a la de los casamientos: 11.2 y 12.9 de casamientos contra un número de 11.6 y 10 por ciento de nacimientos. Si se calcula ahora aparte los hijos legítimos, tenemos que el porcentaje de los nacimientos ha bajado un 36 por ciento para el primero, un 61 por ciento para el segundo y para el tercero y siguientes un 87 por ciento. Está claro que esos hechos tienen un vasto influjo en la estructura de la población y por consiguiente en la vida económica y en la salubridad.

Dr. MAX HODANN